

## La lectura de imágenes: ¿diferente a la lectura de texto escrito?

---

Psp. Diana Naymark\*

### *Resumen:*

A partir de la irrupción contemporánea de los medios de comunicación audiovisual y de la informática se hace necesario reconsiderar el concepto de lectura en pos de revisar el impacto de estos cambios, especialmente en cuanto a los procesos de enseñanza-aprendizaje. Definida la lectura como una forma de significar y vinculada íntimamente a la interpretación, paralelamente extendiéndose el término texto a las imágenes, se enriquece la visión del lector como un lector de multitextos, dotado de una experiencia que abarca sistemas semióticos múltiples. Se analizan algunos elementos y características propias de la textualidad de la imagen, resaltándose la imprevisibilidad de la atribución de significación por parte del lector. Particularmente el «tiempo de lectura» aparece como uno de los parámetros diferenciales que condicionan la relación entre lector y texto. Un recorrido a través de distintos soportes visuales y los lenguajes que ellos posibilitan, nos acerca finalmente a la pregunta sobre los efectos subjetivos de las distintas modalidades de lectura que estos soportes y lenguajes implicarían, pero en particular descubre el nuevo desafío de nuestros tiempos: aprender a leer imágenes.

---

\* Integrante del Equipo de Investigación del Proyecto C.A.I. + D. 94-95 «La lectura en la construcción discursiva de la realidad» presentado por la Facultad de Formación Docente en Ciencias de la U.N.L.

## Desarrollo

«...La lectura es un encuentro discreto pero tensionado entre la pesantez de la estructura y la levedad del dios del momento, un encuentro en el que la subjetividad del lector « naufraga » cuando se enrarece la identidad de lo escrito por la aparición inquietante, rigurosamente incierta de un nuevo sentido...»

Juan Ritvo

La lectura ocupa un lugar entre la multiplicidad de dispositivos o prácticas significantes que mediatizan la transmisión del saber constituido. A partir de la irrupción contemporánea de los medios de comunicación audiovisual y de la informática, se hace necesario rever el concepto de lectura tratando de evitar la puja habitual entre dos posiciones falsamente antagonicas: la de viejos legitimistas, nostálgicos defensores irreductibles de las modalidades culturales previas a la organización audiovisual versus, la de los defensores acérrimos de un nuevo orden donde la cultura de la imagen prevalece. La cuestión debería plantearse como lo desliza Umberto Eco: «Hablar de una guerra entre lo visual y lo escrito... parece totalmente superado»<sup>(1)</sup>. Se trata entonces, de abordar el tema desde una perspectiva unificadora, no descubriendo por ello las características que son propias de cada una de estas modalidades, la lectura de texto escrito y de las imágenes.

Convergamos el espacio teórico que creemos puede ser el más adecuado para definir la actividad designada como «lectura». No sólo es un instrumento para el conocimiento, en el sentido de la información o del saber, tampoco es sólo un contenido de aprendizaje -se aprende a leer. Principalmente la lectura es una *forma de significar*. Así, un planteo unificador nos acerca al concepto de lectura como *interpretación*, interpretación que está adherida a una competencia intertextual, es decir, a la experiencia que ha acumulado el lector, en su tránsito por otros textos, experiencia que abarca sistemas semióticos múltiples con los que está familiarizado. Entonces, el lector efectúa sobre el texto un recorrido que ha de tornarse una *extensión significativa*.

Analizar la lectura de imágenes en los medios de comunicación y hacerlo en términos lingüísticos o semióticos, representa un desafío per-

turbador a los instrumentos conceptuales que hemos de utilizar para desarrollar nuestro enfoque. Estos pues, la mayoría de los conceptos estéticos tradicionales o de otros órdenes pensados para el texto escrito, no requieren una atención simultánea a las múltiples dimensiones de lo material necesariamente presentes en una imagen. Si entendemos a una imagen como un «texto», podemos convenir que éste va a estar sustentado en un sistema de simbolización que le es propio. De allí, leer una imagen es leer una representación que se organiza según una serie de *elementos* y de *características* intervinientes que le son inherentes. Los primeros serían entre otros, los puntos, las líneas, el encuadre, la luz y el color. Al mencionar estas características nos referimos también al grado de iconicidad o abstracción de la imagen, a la monosemia o polisemia, a la originalidad o redundancia.

La disposición de estos elementos y características resulta en una composición significativa armada generalmente por un emisor que al organizar la imagen supone determinadas formas de lectura o efectos en el receptor-lector. Al convenir que es el emisor quien otorga cierta significación a la imagen, la lectura se vincula a una gramática de emisión. Desde esta concepción, se diría que la lectura de una imagen depende de los supuestos de quien la produce. Por lo tanto en el encuentro entre lector e imagen, prevalecen aspectos de la composición significativa u organización preconstituida por el emisor. A saber, tanto los puntos que son los elementos o recursos más simples con fuerza de atracción visual, como las líneas (puntos en movimiento), el encuadre (recorte de lo que se quiere mostrar) y el tratamiento que se le da a la luz y al color, adquieren relevancia en la composición de lo que se va a leer. El grado de iconicidad o abstracción de una imagen que refiere a características propias de este tipo de «textualidad» también dirige la recepción. Sin embargo, todos estos marcos son condicionantes pero no determinantes del modo de leer, que podría ser referido a una semiótica de la recepción. Entendemos que a pesar de la fuerza de la estructura con que se dirige la emisión, la percepción de quien recibe la imagen tendrá que medirse con sus elementos subjetivos y generalmente éstos son impredecibles.

Otro punto importante en la consideración de la lectura de imágenes es el análisis del parámetro *tiempo*. El «tiempo de lectura» es un eje fundamental por el que pasa la diferencia entre la lectura de imágenes y

la de texto escrito. Cada una conlleva una relación con el que lee que es imposible de yuxtaponer. La imagen plantea una lectura simultánea, una selección perceptiva del material en un todo a la vez. El poder de síntesis que tiene una representación no es un atributo del texto escrito, que necesita de un tiempo de recorrido ausente en las imágenes. El tiempo en estas últimas es un tiempo amo: hay que captar lo propuesto en el instante que se ha presentado. Así, se entiende que cualquier cosa que lo detenga o interrumpa será percibida como un defecto estético o una especie de obstrucción. Entonces, en el tiempo previamente instituido en toda imagen, los elementos y las características que se han descrito, se disponen de manera de producir un efecto de significación en el lector, efecto que con anterioridad, el emisor se ha propuesto como meta; hay un cálculo de homogeneizar la recepción significativa de las imágenes, de producir determinado mensaje o de lograr una sugerencia especial. La lectura de texto escrito permite una relación distinta entre los intervalos y el sujeto. Así, es posible observar ventajas y desventajas respecto de uno u otro tiempo. De cualquier manera, una cuestión interesante por pensar sería, cómo sacar provecho de la simultaneidad y eficacia de la imagen sin que ésta se vuelva tirana.

Pasemos a otro punto: respecto de los lenguajes visuales, digamos que cada uno tiene su esencia y forma propia; no es lo mismo referirse a la lectura de imágenes posible en un videogame (juego electrónico) que hacer consideraciones de la televisión y el zapping, analizar las imágenes cinematográficas o desarrollar alguna cuestión sobre la lectura de imágenes de un utilitario en una computadora.

En el caso particular de los video-games, se trataría de un ensamblaje de elementos de temporalidades diferentes: las palancas y los botones de control pertenecen a la era de la mecánica y las pantallas a la de la digitalización de imágenes y sonidos. Así, «combatir» contra esas máquinas -de alguna manera- leer esas imágenes, requiere una suma de habilidades de distinto tipo: el manejo de las palancas y los botones se inscribe en el orden de los reflejos corporales, pero lo que sucede en la pantalla y lo que se desea que allí suceda está dentro de una lógica extracorporal. En la lectura de estas imágenes prevalecen la velocidad en la captación y operaciones cognitivas relacionadas a la información así como la velocidad en las respuestas motoras que requieren; es decir,

obedeciendo a una serie compleja y determinada de órdenes audiovisuales se conseguirá el mayor puntaje; el paso a la siguiente etapa será más difícil y el premio a tal obediencia resultará ser la continuación del mismo juego. Por lo que antecede, entendemos que este tipo de lectura no es extensible a otras formas de lectura de imágenes.

Si ahora pensamos en las imágenes televisivas, podemos convenir que su novedad habría que encontrarla en sus recursos originales; la relación de una imagen con otra. La «televisión» es una condición que asegura que las imágenes pertenezcan a un mismo sistema de presentación visual; las homogeneiza y las vuelve inmediatamente reconocibles: fuerte presencia icónica, movimientos de cámara habituales, imágenes digitalizadas, etc. Aquí ubicamos otro tipo de lectura. Pero además de los recursos de lenguaje, se reconoce actualmente que la atracción basada sobre la imagen propia de la televisión, se ha mutado en una nueva atracción sustentada en la velocidad a partir del control remoto y las posibilidades del zapping. Así, el espectador lee como si todas las imágenes-frases estuvieran unidas por «y», por «o», por «ni» o simplemente separadas por puntos. Las leyes de narración visual que ordenaban acerca del pasaje de un tipo de plano a otro, la duración correlativa, el fundido de imágenes son «derogados» por el zapping. Tal como lo plantea Beatriz Sarlo: «...LA IDEA DE ZAPAR, POR CASUALIDAD SEMÁNTICA, EVOCA LA IMPROVISACIÓN SOBRE ÓRDENES MELÓDICOS O RÍTMICOS PREVIOS, LA IDEA DE ZAPADA TELEVISIVA CONSERVA ALGO DE IMPROVISACIÓN DENTRO DE PAUTAS BIEN RÍGIDAS...»<sup>(2)</sup>. Entre esas pautas, está la velocidad pensada como medio y fin de un ritmo visual que fragmenta la imagen. La síntesis aleatoria del zapping provoca el encuentro aunque sea fugacísimo, entre un video-clip y un jubilado, entre la cotización de la bolsa y la intervención de los cascos azules en Bosnia, entre un concierto operístico y una clase de repostería. La pregunta que cabría formular es acerca de los efectos subjetivos de esta lectura fragmentada.

Respecto a otro tipo de lectura de imágenes en movimiento, las cinematográficas, destaquemos el particular carácter ceremonial que vehiculiza el cine. La intimidad del encuentro entre público y pantalla contrasta con el ambiente que rodea al telespectador: envuelto en lo cotidiano -acciones y decisiones-, los procesos de lectura aparecen afectados por el entorno. Esto nos hace pensar en la necesidad de tener en

cuenta que la lectura de imágenes está vinculada siempre a una organización ambiental que es la que potencia o coarta la construcción de significaciones. En este sentido, las experiencias pedagógicas hace tiempo han demostrado la importancia de sumar a la presencia de los medios audiovisuales en los procesos de enseñanza-aprendizaje, la disposición de un ámbito, el comentario, la discusión posterior, procesos interpretativos éstos, que multiplican el poder de la imagen: oralidad e imagen en un buen encuentro.

En lo referente a la lectura en una computadora y más específicamente a lo que tiene que ver con la representación electrónica de textos, se está dando una transformación radical en las modalidades de producción, de transmisión y de recepción de lo escrito. Con las posibilidades del texto electrónico se inicia una revolución de los soportes y las formas que transmiten lo escrito: disociados de la forma impresa pueden tener además una existencia electrónica, compuestos en un ordenador llegan a un lector que los aprehende en la pantalla. El cambio es radical ya que los modos de organización, de estructuración y de consulta de lo escrito se encuentran modificados.

Esta representación electrónica de los textos sustituye la materialidad del libro con la inmaterialidad de textos sin lugar propio: opone a las relaciones de continuidad establecidas en el objeto impreso, la libre composición de fragmentos manipulables indefinidamente, y a la aprehensión inmediata de la obra -hecha visible por el libro que la contiene- hace que le sucedan archipiélagos textuales en movimiento. Estas mutaciones ordenan inevitablemente nuevas maneras de leer y nuevos usos de lo escrito. Además, aparecen posibilidades inéditas, ya que el lector puede someter al texto a múltiples operaciones: anotar, copiarlo, desmembrarlo, moverlo, hallándose así, en posición de construir un nuevo texto a partir de fragmentos libremente recortados y ensamblados.

Ahora, respecto a cualquiera de los soportes y lenguajes mencionados, podríamos decir que en tanto la presentación electrónica de estos textos involucra una multiplicidad de informaciones auditivas, visuales y escritas, es decir, varios sistemas semiológicos constituyendo significados, más que a «textos», cabe referirse a *multitextos*. Este concepto que no representa algo recientemente descubierto porque en alguna medida ya está incluido en la noción de «multimedia», sin embargo abre

enormes posibilidades a una novedosa consideración de todo lo que entendemos por leer.

Volvamos a nuestro planteo original, discentir con una supuesta rivalidad entre escritura e imagen evitando la actitud maniquea de que lo escrito sería el bien o la imagen lo contrario. Suele valorarse más la información impresa que la que pueda aportarse mediante imágenes fijas o en movimiento: valoración que vincula generalmente a estas últimas con el entretenimiento y el ocio. Quejarse o celebrar la invasión del pensamiento por lo audiovisual, no es suficiente a nuestro entender, aunque quede aún por resolverse si la habilidad en la adquisición de la información a través de la imagen interfiere o no la necesidad de información a través de los medios escritos. Lo que sí habría que discutir, son algunos de los efectos de la cultura de las pantallas y si algunas «destrezas» alcanzadas con el uso sistemático y continuo de estas tecnologías son suficientes como herramientas decisivas en la adquisición de saberes más vinculados a la palabra, al razonamiento lógico y matemático abstracto, al discurrir lingüístico o a la argumentación.

Ahora bien, entendemos que existe una posición beligerante sustentada por ciertos guardianes de lo pertinente, quienes se escandalizan con argumentos que sugieren que con la marcada utilización de los adelantos tecnológicos hay alteraciones en la imaginación y en la creatividad, esgrimiendo que la lectura de texto escrito es el único recurso que crea imágenes internas estimuladoras de procesos de pensamiento. Esta pretendida decadencia de la «lectura» remitiéndola exclusivamente al texto escrito, es, cuando menos, falaz. Así también, el argumento que indica que la lectura de texto escrito podría ser reemplazada por la imagen, también es discutible: no se está ensalsando la imagen, sino la idea es considerar a ambos como *formas diversas y en ocasiones yuxtapuestas de lectura sobre las que urge dar cuenta de cómo se lee, para qué se lee y qué se hace con lo que se lee*. Aprender a leer imágenes es el nuevo desafío, evaluando al mismo tiempo, si hay efectivamente cambios en los modos de subjetivación como resultado de los cambios tecnológicos en este orden. Bajo la ineficaz prepotencia de las certezas al estilo de «... en mis tiempos se leía: ahora los chicos van estupidizados frente a un tótem electrónico y no leen...», está cuanto menos la duda. A esas afirmaciones incommovibles, podríamos oponerles el interrogante por la

razón que hace que las pantallas sean tan importantes en este tiempo para que se lea menos texto escrito.

A manera de conclusión, convenimos que hablamos de lectura, así se trate de un texto o de una imagen. Esto es, *una imagen también se lee*. Una noción unificadora que proponemos para las dos modalidades de lectura sería la siguiente: *leer es interpretar*. No entendemos en la interpretación únicamente lo que el discurso pedagógico asimila a la «comprensión», tampoco la consideramos como la aprehensión de supuestos significados o mensajes ligados a una lectura direccionada. El texto entendido así, se presentaría sin fisuras y los sentidos que se le otorgarían serían unilateralmente significados, trátase de un texto escrito o de una imagen. Por el contrario, consideramos al lenguaje en su función generadora de sentidos y así, un texto es posible de convertirse en productivo y no en meramente reproductivo, pero para ello el lector debería estar apercibido sobre los procesos de construcción de imágenes. En otras palabras, aprenderlas a leer críticamente.

Se suele constatar una disminución de la lectura de texto escrito y un aumento de la lectura de imágenes, aún así, no se justifica que se explique el avance de una en detrimento de la otra, más aún cuando ni siquiera se le da al espectador el *estatuto de lector*. Por eso, en relación a cierto culto de la imagen, consideramos que nuestras preguntas deberían apuntar a cuestionar: Primero, si la estructura de la imagen atenta contra la capacidad subjetiva de la interpretación. Segundo, no olvidar que una lectura sin interpretación va en detrimento de una apropiación activa de los contenidos de la cultura. Tercero, no negando que existen órdenes institucionales que pretenden la homogeneización de significaciones, ni negando la existencia de sujetos amarrados a imperativos, es importante revalorizar los efectos de un tipo de relación con el texto que no ignore lo lacunario del mismo, ya se trate de un texto escrito o de imágenes.

### Citas:

- (1) Eco, U. (1995) Extractos de un reportaje para Le Nouvelle Observateur.
- (2) Sarlo, B (1994) *Escenas de la vida posmoderna*.



## Bibliografía

- Aparici, Roberto: «La enseñanza de los medios, televisión y educación». Ficha de la UNED, España, 1995.
- Bleichmar, Silvia: Artículo publicado en *Topía Revista*, Diario Página 12. Argentina.
- Deleuze, Gilles: *La imagen movimiento: Estudios sobre cine I*. Paidós Comunicación, Barcelona, 1984.
- Eco, Umberto: Reportaje para *Le Nouvelle Observateur*. Diario Página 12. Argentina, Agosto 1995.
- Jameson, Fredric: «Leer sin interpretar: la post-modernidad y el video-texto», en *La lingüística de la escritura*. Ed. Visor. Madrid, 1989.
- Jitrik, Noé: *Cuando leer es hacer*. Cuadernos de Extensión Universitaria. Centro de Publicaciones U.N.L. Santa Fe, 1987.
- Kreichman, R.: Corrado, O y Malachevsky, J.; *Migraciones de sentido*. Centro de Publicaciones U.N.L. Santa Fe, 1992.
- Lothman. R.: *Semiótica de la Cultura*. Editorial Cátedra. Madrid.
- Ritvo, Juan: *La edad de la lectura*. Editorial Beatriz Viterbo. Rosario, 1992.
- Sarlo, Beatriz: *Escenas de la vida posmoderna*. Editorial Ariel. Bs. As. 1994.